



INTERCAPITOLO FIGLIE DI SAN PAOLO

São Paulo/Brasile
5-20 settembre 2023

LOS CARISMAS SUS OBRAS LOS BIENES SU POBREZA

Prof. Luigino Bruni

LOS CARISMAS, SUS OBRAS SUS BIENES, SU POBREZA

El presente es uno de esos momentos en los que lo que normalmente parece constituir una razón para vivir se desvanece y, si uno no quiere hundirse en el desconcierto o la inconsciencia, todo debe ponerse en cuestión (Simone Weil).

Introducción

La crisis que vivimos se debe también a la marginación de los carismas de la vida pública. Y por una responsabilidad mutua, tanto de los carismas como de las instituciones políticas, económicas y civiles. Pero cuando faltan carismas en la esfera pública, faltan con ellos recursos coesenciales para primero ver y luego resolver problemas sociales esenciales y vitales para las sociedades, como las nuevas formas de miseria, exclusión, conflictos, soledades. Y así faltan las grandes innovaciones civiles y humanas, que dependen siempre de la capacidad de ver las cosas invisibles e importantes, capacidad que surge del excedente antropológico propio de los lugares de gratuidad, es decir, de los lugares habitados por carismas. El mercado es uno de los inventos humanos más extraordinarios que conoce la historia, porque ha fortalecido y ampliado enormemente el dominio de nuestras libertades y relaciones; pero el mercado no puede ser un sustituto de la gratuidad, aunque pueda ser un aliado de ella.

La palabra *carisma*, y la otra profundamente asociada a ella, *gratuidad*, son de hecho palabras desgastadas por el tiempo y sobre todo por las ideologías. Carisma y gratuidad, es decir, *charis* (que es la raíz de ambas: esta raíz común ya debería decir mucho por sí misma), se han convertido, en el siglo XXI, en palabras irrelevantes para la vida civil, por no hablar de la vida económica; y siendo irrelevantes para la vida económico-civil corren el grave riesgo de convertirse en irrelevantes tout-court. La naturaleza de los carismas y de la gratuidad es profundamente civil y pública, y si se sacan de su ámbito natural y se relegan a una esfera privada o religiosa cada vez más estrecha, se convierten en palabras sin raíces, sin presente y sin futuro. Y así, de hecho, *flatus vocis*.

Hoy hay que reconocer el papel público y civil de los carismas, civil, político y económico, porque del eclipse de los carismas deriva la triste condición, civil y económica, que caracteriza sobre todo a Occidente, generado en gran parte por esas dos palabras. Y un Occidente que pierde el contacto con los carismas, con su vocación, su función social y sus palabras típicas, se extravía, porque sin *charis* la vida en común sencillamente no funciona, no innova ni es generativa, y así se pierde la alegría de vivir, que es siempre el primer resorte de toda acción verdadera y fecunda, incluso económica y política. Y esta es también la primera señal de que el humanismo sin carismas acaba transformándose en inhumanismo.

Hay que devolver los carismas y su gratuidad a las plazas, a los parlamentos, a las juntas directivas de las empresas y de los bancos, a los sindicatos, a los partidos políticos, a las asambleas de condominios, a los órganos colegiados de todas las escuelas, porque eso también es su lugar. Porque carismas, gratuidad, *charis* hablan precisamente de una de las notas más específicas de la humanidad: el valor de las cosas en sí mismas, la dignidad suprema de las personas y de toda la realidad, que valen mucho antes y mucho más que servir para algo. Por eso cuando estas grandes palabras salen de escena, sólo queda el cálculo utilitario, los fines se pierden y se convierten en medios (y los medios se convierten, poco a poco, en fines), lo útil domina el horizonte.

Para ello, el mundo religioso también necesita reflexionar sobre sus obras, sus bienes, la gestión de los mismos y la pobreza.

LAS OBRAS DE LOS CARISMAS

“Proyecto de restauración del antiguo convento de las Clarisas para crear un Relais¹ con Spa²”. Hay muchas obras de construcción con rótulos similares, sobre todo en los pueblos más bellos. Sobre todo en Italia, que a lo largo de los siglos ha visto construirse un número extraordinario de conventos, monasterios e iglesias, gracias a la gran bio diversidad carismática del bello país, embellecido por la naturaleza, la historia y los poetas, ciertamente, pero embellecido aún más por la creatividad espiritual y social de miles de fundadores y fundadoras. El paisaje italiano no sería Patrimonio de la Humanidad sin los perfiles de catedrales, iglesias parroquiales y claustros.

Sin embargo, el análisis laico de la demografía de las congregaciones y órdenes religiosas nos dice sin piedad algo que no nos gusta escuchar: dentro de una o dos décadas, la inmensa mayoría, quizás el 90%, de los edificios religiosos estarán vacíos, y muchos ya lo están. La tendencia comenzó hace más de medio siglo, pero, de nuevo, cuando nos dimos cuenta del proceso en curso ya era demasiado tarde. Las iglesias y edificios vacíos, vendidos o puestos a la venta, son la punta de un iceberg de algo mucho más grande e importante, y descuidado.

En primer lugar se trata de una cuestión directamente económica y, por tanto, civil. Estos conventos y monasterios fueron construidos antiguamente gracias a donaciones de familias, herencias, intervenciones de los municipios. Originariamente eran, pues, bienes comunes, bienes comunitarios, expresión de las comunidades que los utilizaban, porque aquellos religiosos y religiosas se ocupaban también de los pobres, de los enfermos, de las escuelas, e inventaron nuestro bienestar, welfare. Cuando hoy se vende un convento a una multinacional que lo transforma en Balneario, los usuarios ya no son todos los habitantes de ese pueblo sino sólo los “solventes”, así ese bien público pasa a ser privado. Se produce una privatización de antiguos bienes comunes, una extracción privada de valor que alguna vez fue público. Esta reducción de valor debería preocuparnos, y no sólo como iglesia sino como comunidad civil.

La pregunta crucial entonces es: ¿qué hacer concretamente?

Estas estructuras fueron generadas de la vida, en particular por la vida comunitaria cristiana. Surgieron, casi siempre, de necesidades concretas de las personas, de las comunidades, de los pobres. Su infrautilización o no utilización en la actualidad indica, ante todo, una fuerte disminución de las necesidades que les dieron origen en el pasado. En siglos pasados, los carismas nacían de una fuerza intrínseca del propio carisma, pero también como respuesta concreta a los desafíos de su propio tiempo histórico. El mundo cambia, cambian las formas en que se expresa esa determinada necesidad, y así las obras de los carismas van saliendo de escena. Se entiende entonces que un trabajo inicial, por el lado congregacional, debería consistir en *actualizar* la pregunta carismática original. Si, por ejemplo, una congregación nació para la educación de las niñas pobres a principios del siglo XIX, en un contexto entonces en el que esas jóvenes no tenían acceso a la educación, el nacimiento de escuelas fue la respuesta que esa comunidad encontró para encarnar su carisma. Pero hoy, con escuelas públicas y universales en muchos países, ¿qué respuesta debería generar esa misma pregunta carismática? Quizás esa congregación debería trasladarse a las fronteras educativas de las niñas “pobres” de hoy (marginalidad, migrantes, penurias), cambiando así las respuestas históricas para permanecer fieles a las preguntas carismáticas; cuando, por el contrario, nos apegamos a las respuestas que el carisma dio ayer (las escuelas), acabamos olvidando

¹ El Relais es un centro de bienestar.

² La Spa es una empresa que ofrece tratamientos a base de agua –termales (hidroterapia) y/o marinos (talasoterapia)- para el cuidado del cuerpo.

las preguntas carismáticas: la *fidelidad* de hoy a las respuestas de ayer se convierte involuntariamente en *infidelidad al carisma*.

Además, las “casas vacías” también señalan una crisis de los mundos vitales que rodean a las comunidades religiosas. De hecho, si junto a las estructuras actuales existieran comunidades vivas y dinámicas, algunas de estas estructuras que se están vaciando volverían a la vida - y en los pocos casos en los que existen estas comunidades vivas, vemos que las estructuras antiguas resurgen.

Luego hay que hacer un debate más amplio sobre el mercado. Una mirada negativa y parcial del “mercado” interesado en los edificios religiosos no ayuda a nadie. Cuando el mercado –una empresa, un fondo, un banco... – se acerca a un inmueble, este interés ya indica algo serio. Dice que, al menos para el mercado, esa “casa” tiene valor. Y este valor revelado es ya un valor positivo: no será un valor espiritual pero sí al menos un valor económico-financiero, y por tanto es siempre una cuestión de valor. Y una estructura expresa un valor, entonces esa estructura sigue viva, y si no está muerta puede seguir viviendo y generando más valor. Y este valor revelado ya es un valor positivo: puede que no sea un valor espiritual, pero al menos es un valor económico-financiero, y por tanto sigue siendo un valor. Y una estructura expresa un valor, entonces esa estructura sigue viva, y si no está muerta, puede seguir viviendo y generando otro valor. A menudo, el mercado cumple una función similar a la que cumplen los herederos de un gran erudito que venden su preciosa biblioteca: esos herederos, que no están interesados en esos libros, al ponerlos en el mercado los reviven en nuevos aficionados y entusiastas que los comprarán: esos libros se liberan así de las estanterías, y la dispersión genera nueva vida. De ahí un primer mensaje: es preferible un bien que se vende a un bien que se deteriora y se convierte en una herida supurante de una ciudad o de una zona. El verdadero problema hoy no es la falta de valor espiritual: el drama es la ausencia de todo valor porque esa estructura ya *no vale nada*, desde ningún punto de vista. Por supuesto, no todos los valores son iguales y no todos los nuevos usos de los edificios tienen el mismo valor desde el punto de vista carismático. Un colegio de monjas que sigue siendo un colegio gracias a una cooperativa social tiene más valor carismático que un antiguo colegio que se convierte en una sala de masajes, al igual que esos (pocos) proyectos para revalorizar un antiguo convento dándole un uso público (museo, universidad, hospital, cárceles...) Pero – y este es el punto – *¡un centro de bienestar es mejor que la mala hierba y los cristales rotos!* En estos casos, para no vender en el mercado se necesitan razones éticas muy fuertes (sospechas de ilegalidad, fraude, blanqueo de capitales, inmoralidad del nuevo negocio); en todos los demás casos, incluso el mercado “normal” también puede ser una solución posible, y descartarlo es sólo una opción irresponsable o al menos inmadura. Casi nunca es la solución óptima, hemos dicho, pero en cualquier caso es mejor que el abandono: discernir es elegir entre opciones menos que óptimas pero posibles. Ni que decir tiene que, si se opta por la vía del mercado, hay que aprender el lenguaje y las reglas del mercado: organizarse, contar con la ayuda de las personas adecuadas (el tema de los asesores es central hoy en día), y ser cauteloso como las serpientes conservando el candor carismático de las palomas.

Por último, deberíamos tener el valor de plantear un argumento más radical, y quizá crucial. Las casas, los edificios, los conventos, las iglesias, no son fines en sí mismos: tienen valor y sentido si y como lugares que facilitan la comunidad y la vida. Desde hace diez mil años nos hemos convertido en animales asentados y hemos llegado a querer mucho a nuestros refugios y casas. Pero, no debemos olvidarlo nunca, siempre que una gran novedad espiritual ha llegado a la tierra –desde Abraham hasta Cristo- todo ha comenzado porque alguien dejó un hogar, un refugio seguro, y partió hacia la tierra del todavía-no. Las casas, las estructuras, los inmuebles tienden, por su propia naturaleza, a mantenernos en el pasado, a mirar a Egipto y sus ladrillos, y nos impiden prater de nuevo hacia la nueva tierra prometida. San Francisco, en una época poblada de numerosos monasterios y abadías, intuyó que el nuevo tiempo comenzaría volviendo a caminar, mendigos, por el camino, volviendo, “los de la calle”. Sintió con tanta fuerza el deseo del *arameo errante* que vivió con gran malestar el nacimiento de los conventos de sus frailes, invitándolos hasta el final a seguir al pobre “hijo del hombre que no sabe dónde recostar la cabeza”. Por mucho que nos gusten y las queramos, porque

llevan los estigmas de la vida y del amor, debemos ser conscientes de que nuestras propiedades son casi siempre vestigios de un cristianismo que está disminuyendo en sus formas de culto y de vida; no está disminuyendo el mensaje del Evangelio con su promesa, sino que está terminando la *christianitas* tal como la hemos imaginado en Occidente durante más de un milenio.

Se necesita una capacidad nueva y fuerte para volver a caminar libres y pobres, y hacerlo juntos. Si alguna estructura ayuda en el camino, hay que utilizarla, guardarla y valorarla. Sólo tenemos que deshacernos de los demás, para que no nos impidan realizar nuevos “vuelos locos”, necesarios a cualquier edad, y las piedras no se conviertan en dueñas de personas y de carismas. Lo que realmente importa es salir con un equipaje ligero, yendo hacia tantos que todavía esperan en los caminos un mensaje de vida y de futuro. Las casas más importantes son las del mañana, que serán muy diferentes de las que construimos ayer: más tiendas móviles y menos palacios, más campamentos y menos muros. Hogares que luego volveremos a dejar para regresar como peregrinos del absoluto.

LA POBREZA

El Papa Francisco, desde el inicio de su pontificado, ha enfatizado mucho los aspectos del capitalismo que matan, que descartan, que excluyen. Juntos también dijeron cosas importantes sobre el tema del medio ambiente. *Laudato si'* es pobreza y medio ambiente juntos. Esto es muy importante, porque la verdadera novedad de estos últimos años es la imposibilidad de considerar la ética medioambiental como una restricción que hay que respetar, un coste que hay que soportar; la ética medioambiental debe convertirse directamente en economía, y si no se convierte *inmediatamente* en economía, no se convertirá *nunca* en economía.

Para el Papa Francisco, este capitalismo no es un sistema en equilibrio porque consume más recursos de los que regenera, y partiendo de la crisis medioambiental hace un análisis del modelo económico, juzgado insostenible, para que sea completamente revisado. Lo que llevó a un determinado tipo de desarrollo en el siglo XX ya no funciona en el siglo XXI porque el contexto ha cambiado totalmente. Seguir con una economía capitalista que aspira a maximizar los beneficios y considera todo lo demás como un escenario sin vida, para ser utilizado y explotado, sencillamente ya no funciona. Sobre estas dos coordenadas fundamentales, el Papa construye su análisis, en el que se detiene en la deuda ecológica y en los “desacartados”, otro tema que le interesa, porque este capitalismo descarta a los seres humanos como los recursos que no puede reutilizar.

Para hacernos una idea más completa del capitalismo actual, junto al Papa Francisco debemos situar a otro Francisco, el Pobrecito de Asís. Hijo de comerciantes burgueses, el joven Francisco decidió poner fin a las riquezas mercantiles de su padre para dedicarse por entero a su nueva vida. En los albores de toda vocación auténtica, siempre hay una etapa de expolio. Llega cuando la persona llamada comprende que debe realizar un reseteo, de su existencia: resetear y volver a empezar, como si hubiera nacido en ese momento, porque está renaciendo de verdad. Y no sólo eso cuando un carisma irrumpe en la historia, con él viene también una nueva concepción de la riqueza y de la pobreza. Y el carisma franciscano ha provocado una verdadera revolución civil e incluso económica en este sentido. Francisco, de hecho, al elegir la pobreza operó una revolución cultural que está en el corazón del nacimiento de la moderna economía de mercado, que no sería como la conocemos sin la escuela económica y las obras franciscanas.

Un carisma que ponía en su centro la pobreza hermana, el desprendimiento incluso de los bienes materiales como signo de perfección de la vida, se convirtió en la primera escuela económica de la que surgiría el espíritu moderno de la economía de mercado, del desprendimiento total del dinero surgió una nueva síntesis económica. Ese gesto de expoliación fue el nacimiento de una *oikonomia* diferente, de un nuevo gobierno del hogar, ya no dirigido por el afán de lucro. Fue la génesis de un

reino donde la verdadera moneda es la *charis*: la gratuidad. Porque toda revolución económica empieza por reconocer que los verdaderos bienes no son el oro y la plata, sino otros, invisibles pero muy reales. Por eso no sólo fueron franciscanos algunos de los teóricos más importantes de la economía medieval, sino que de los franciscanos de la Observancia en el siglo XV nacieron los Monti di Pietà, protobancos civiles, los primeros institutos de microfinanzas sin fines de lucro, creados para curar la pobreza y la usura en las ciudades del centro de Italia. De la pobreza libremente elegida por los franciscanos nacieron instituciones para liberar a los pobres que no habían elegido la pobreza, sino que la sufrían. «Mientras haya un pobre – decían los franciscanos – la ciudad no puede ser fraterna». De aquella primera gratuidad nació una economía y una civilización de la gratuidad que ha liberado y sigue liberando a millones de pobres. Sólo quien conoce la gratuidad puede hacer nacer nuevas economías, porque es la gratuidad la que da el justo valor al dinero y a los beneficios, y a la vida.

Aunque nacidos de una crítica radical de la economía, los franciscanos han desarrollado una visión positiva e integradora de la economía. San Francisco quería que sus frailes trabajaran, como él mismo tenía en alta estima el trabajo; luego la historia hizo que los franciscanos (frailes y monjas) se separaran -generalmente- de las profesiones seculares para proclamar otra economía. Pero la elección de los franciscanos de vivir en la más *alta pobreza*, es decir, *sin nada que poseer*, sigue siendo aún hoy (y sobre todo hoy) una gran profecía para la economía porque dice al menos dos cosas fundamentales. La primera: ninguna economía (vender y comprar bienes) funciona si antes de los bienes no sabemos ver los bienes, es decir, aquellas realidades que tienen valor no sólo porque tienen un precio; y en un mundo como el nuestro en el que todos los bienes se están convirtiendo en mercancías, la oikonomía de Francisco es cada vez más necesaria si no queremos despertarnos mañana dentro de un supermercado que, como un Truman Show, se ha convertido en la vida. La segunda: el principio económico funciona si se apoya en el principio de gratuidad, porque podemos vender y comprar, intercambiar y sacar provecho, si antes reconocemos una ley de gratuidad que funda la vida de todos, si sabemos ver el valor de las cosas infinitamente superior a su precio.

En nuestro mundo sigue habiendo una necesidad infinita de gratuidad, fraternidad, de pobreza.

Pero ¿qué significa, hoy, tomar en serio “bienaventurados los pobres”? y ¿qué significa para una comunidad carismática y para las personas que han hecho el “voto de pobreza”?

Son casi dos milenios que el “sermón de la montaña” intenta resistir los ataques de quienes han intentado reducirlo a cosas más simples y al sentido común, o incluso ridiculizarlo. Esta lucha contra la simple radicalidad de las bienaventuranzas es particularmente fuerte en el caso de la bienaventuranza de los pobres, que no es casualidad la primera. Una simplificación que comenzó muy pronto, cuando se empezó a insistir demasiado en el «de espíritu» que encontramos en el Evangelio de Mateo (pero no en el de Lucas, donde la pobreza es la condición material de la pobreza, que de hecho se contrapone a la riqueza y a los “problemas”), dejando demasiado en segundo plano a los “pobres normales”. Así, ya desde los tiempos de los Padres, se ha escrito y dicho que che “bienaventurados” no son tanto los verdaderamente pobres como los que viven el desapego espiritual de la riqueza, los que comparten los bienes o los que los utilizan para el bien común. Todas estas cosas son ciertas y también están presentes en la Biblia, pero nos han alejado de lo más simple y tremendo: “bienaventurados los pobres”. En cambio, esta bienaventuranza hay que *dejársela toda y sólo a los pobres*: al menos esto es todo y sólo para ellos; y si los pobres poseen esta bienaventuranza entonces no son siempre y sólo pobres, porque tienen al menos esta riqueza, que es grande. Es suya, no se la quitamos con razonamientos complicados y abstractos.

Después de todos estos siglos sabemos bien que no es fácil comprender y amar esta primera bienaventuranza. ¿Cómo podemos llamar bienaventurados a los pobres cuando los vemos víctimas de la pobreza, abusados por los poderosos, muriendo en medio del mar, buscando comida en nuestra basura? a ¿Qué dicha conocen? ¿Cómo logramos pronunciar “bienaventurados los pobres” mientras estamos sentados con ellos en los vertederos de nuestras ciudades? Por eso muchas veces he visto que los primeros y más duros críticos de esta primera bienaventuranza son precisamente los que pasan su

vida junto a los pobres para liberarlos de su miseria. Los mayores amigos de los pobres acaban convirtiéndose a menudo en los mayores enemigos de la primera bienaventuranza. Y debemos comprenderlos, y también agradecerles su escándalo. Y luego tratar de empujar el discurso hacia terrenos nuevos y atrevidos.

Entonces ¿cómo amar y apreciar, este “bienaventurados los pobres”? Para ello, es necesario recorrer su terreno paradójico y escandaloso – ¡cuántos “ricos epulones” han encontrado en la bienaventuranza de los pobres una coartada para dejar de *bendecir a Lázaro* en sus condiciones de privación y miseria, y tal vez autocalificarse “pobres de espíritu” porque daban migajas a los pobres!

El texto de Lucas nos da algunas pistas para entrar en esa paradoja. La primera es hermosa: es el *Reino*: «... porque de ellos es el Reino de los cielos». Quizá entonces la felicidad diferente de los pobres reside en que *ya* viven en el Reino, en este Reino diferente. El Reino “es” es de ellos hoy, no “será” solo de ellos mañana en el cielo. La bienaventuranza de los pobres no necesita del “todavía no”: le basta el “ya”.

Los pobres son bienaventurados porque ya son habitantes del Reino de los cielos. Entre los pobres llamados bienaventurados estaban los descartados, los sin techo, los que tenían poco o nada para vivir. Estaban los leprosos, las viudas (y casi todas las mujeres), los huérfanos (y casi todos los niños), personas que no en vano fueron los principales amigos y compañeros de Jesús durante su vida. Pobres eran la mayoría de sus discípulos que le habían conocido en los caminos de Palestina, gente corriente que había caminado detrás de él y con él. Ya eran pobres o se hicieron pobres al encontrar otro reino, al seguir otra felicidad. Al decir “bienaventurados los pobres” Jesús hablaba a sus amigos, y todavía habla a sus amigos: los miró, los vio, y le nació la primera bienaventuranza «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos».

Los pobres están en el Reino sólo porque son pobres: no tienen que esforzarse mucho para entrar en él, no tienen que hacerse cristianos, no tienen que hacerse buenos: no, están allí porque y mientras sean pobres: no reduzcamos que «bienaventurados los pobres porque de ellos es el Reino de los cielos». Las bienaventuranzas son antivoluntarismo: no se entra en el Reino porque se haga algo mientras se es pobre, sino sólo porque se es pobre.

Y en cambio llevamos siglos diciendo que no todos los pobres están en el Reino, sino sólo los buenos, los que aman, los que viven el Evangelio; podemos decirlo y lo decimos, pero *Jesús no lo dijo*, sólo dijo “bienaventurados los pobres”, y *ya está*.

Bienaventurado Francisco, que eligió la pobreza, pero también bendito Job, que no quiso la pobreza y sólo la sufrió. Ambos son habitantes de ese reino diferente, y si nosotros también queremos entrar en él, sólo tenemos un camino: hacernos pobres. ¿Como? Para quien no es pobre, hay dos caminos principales: hacerse pobre y seguir a Jesús (el “joven rico”), o poner la riqueza en común (cf. Hch 2,44-46). Sólo los pobres, por elección o por destino, son habitantes de ese reino diferente. Tratemos, pues, de imaginar quiénes habitan hoy el Reino de los Cielos de Jesús, que ya ha llegado: todos los descartados, los olvidados, las víctimas, los maltratados, los desheredados, los emigrantes en barcas. Si fuéramos capaces de ver el mundo con los ojos del Evangelio, veríamos el mundo de otra manera, muy diferente, quizás demasiado diferente para comprenderlo realmente. Debe de haber algo maravilloso en ese “bienaventurados los pobres”. Solo aquellos que primero vieron, luego comprendieron y finalmente desearon una civilización diferente: la civilización del céntuplo.

Conclusión

La pobreza es hoy una gran profecía, sobre todo cuando se convierte en comunión. “Bienaventurados los pobres”, base de todas las bienaventuranzas, sigue siendo una gran profecía. Las bienaventuranzas son el canto de la utopía, del no-lugar, porque no hay lugar donde se vivan verdaderamente las bienaventuranzas. Son las páginas más universales del Evangelio, porque los

pobres, los hambrientos, los sedientos, los desesperados y los perseguidos no están definidos por las fronteras del cristianismo. Claro que Jesús ve a esos pobres, hambrientos y llorones entre sus discípulos: pronunció las bienaventuranzas mirando a los suyos. Pero los suyos son una muestra representativa de todos los pobres, hambrientos y llorones de la tierra. Son una carta magna universal, que comienza con los discípulos y se extiende a todos.

Todo el evangelio ha sido desde el principio un grito no escuchado y un gran asunto inacabado, pero las bienaventuranzas son el asunto inacabado de lo inacabado, el grito del grito no escuchado. Todo el evangelio está esperando después de dos mil años a ser tomado en serio por las comunidades y las sociedades (y si lo ha sido, ha sido por individuos y pequeñas comunidades durante poco tiempo), pero dentro del evangelio las bienaventuranzas son las que llevan más tiempo esperando. Incluso entre los cristianos, los pobres, los que lloran, los hambrientos y los perseguidos no son llamados bienaventurados, ni lo han sido en el pasado; al contrario, son humillados y descartados todos los días, a veces por los propios cristianos no pobres, que luego tal vez hacen donaciones a alguna ONG para que se ocupe de ellos.

Por su inactualidad, las bienaventuranzas se erigen ante nosotros como el gran manifiesto social, económico y político del Evangelio, que es verdad porque no se ha cumplido, que es la tierra prometida porque aún no hemos llegado a ella. Están ahí, consagradas en el corazón del Evangelio, para recordarnos la tierra del todavía-no, una tierra diferente y lejana que desde hace dos mil años juzga nuestra tierra del ya, y la juzgará siempre para llamarla al todavía-no. Las bienaventuranzas son el *shabat* del Evangelio, su séptimo día diferente, hacia el que tienden proféticamente todos los demás, y en el último *shabat* oiremos resonar de nuevo la tierra: “bienaventurados los pobres”, y los que hayan conseguido mantenerse pobres hasta el final oirán que se les llama por este nombre.

Los carismas siguen cumpliendo hoy la misma función que los profetas bíblicos. Y así siguen apuntando a una tierra prometida, a la liberación de los esclavos, al alba de una sociedad de la gratuidad posible. Pero el discurso de los carismas está, en nuestra época, demasiado confinado en los límites de lo “religioso” o de lo “espiritual”, y así olvidamos que el primer don de los carismas fue y es un don civil, es una contribución esencial para hacer más bella la ciudad de todos. Busquemos juntos la civilización del céntuplo, la tierra de los que aún todavía -no.

Los carismas vienen al mundo para el bien de todos, incluso de quienes no los ven o los desprecian. Pero vienen sobre todo para los pobres. Si no hubiera carismas, los pobres no serían vistos, amados, cuidados, salvados, estimado: «Hoy llega la salvación a nuestra comunidad: una familia con cinco hijos, todos discapacitados» (padre Lorenzo Milani). Es la mirada diferente de los carismas la que da a los pobres esperanza, alegría, y a menudo los resucita. Y es la mirada de los pobres la que hace que el carisma esté vivo, no lo hace morir o convertirse en una mera institución.

Prof. Luigino Bruni



Luigino Bruni (Ascoli Piceno, 1966) es un economista e historiador del pensamiento económico con especial interés por la economía civil, social y de comunión, y un interés creciente por la ética, los estudios bíblicos y la literatura. En la Universidad Lumsa de Roma es profesor de Economía Política y director del Doctorado en Economía Civil. Es coordinador del proyecto *Economía de Comunión*, Consultor del Dicasterio para los Laicos, Director científico de *The Economy of Francesco*, promotor y confundador de la SEC (Escuela de Economía Civil) de Figline e Incisa Valdarno. Columnista de *Avvenire* y redactor jefe de la revista *International Review of Economics*, es conferencista y autor de numerosos libros y artículos. Para Paulinas Editorial Libros de Milán ha publicado *Il Vangelo secondo Marco* (2022).